

Febrero de 2009

¿CRISIS? ¿QUÉ CRISIS?

Pío Rodríguez

Se ha hecho un lugar común hablar de “la crisis” como si se tratase esencialmente de un acontecimiento claramente situado en el ámbito económico y financiero, aun cuando con repercusiones en los ámbitos social y político. Y es en efecto un lugar común, pero un lugar común que oculta de hecho la verdadera naturaleza de la crisis, a saber: la de la democracia de hoy. El problema mayor no es el de que la crisis haya estallado, con todo y ser un gravísimo problema, sino el de cómo ha sido posible que una crisis de esta naturaleza se haya producido ante la ceguera, real o de connivencia, de todas las instituciones representativas y políticas del mundo.

La urgencia económica de hoy, se nos dice, tiene que ver con la falta de liquidez, y con ello seguimos creyendo a los expertos financieros o al menos los creen nuestros gobiernos; pero los hechos muestran día a día la existencia de otros aspectos de la crisis y, entre ellos, de una corrupción descontrolada y en gran escala, como lo muestra la existencia misma de los paraísos fiscales, a la que no han sido y no son ajenas esas mismas instituciones. Y aún más allá de la corrupción o de la connivencia, hay que señalar la sumisión o la incapacidad de las instituciones políticas legítimas, todas ellas inadecuadas, frente al poder económico globalizado. La crisis actual es la primera gran crisis de la globalización y de su gobernanza. De lo nacional/inter-nacional se ha pasado sin tránsito a lo global, pero el poder político ha quedado anclado en lo “nacional” mientras el poder económico ha sabido desplazarse sustancialmente hacia lo global. La consecuencia es que los gobiernos y las instituciones internacionales se sienten y son incapaces de desarrollar las políticas económicas pertinentes en la nueva situación. El G8, que parecía jugar un papel relevante en esa confusa constelación de la Gobernanza mundial en los años de bonanza económica, en la mañana siguiente al estallido de la crisis no ha sabido hacer otra cosa que autodescalificarse para dar paso a un G20 sin duda más representativo, aun cuando de eficacia limitada y previsiblemente transitorio.

Pero hay un hecho adicional, y quizás más significativo, que conviene mencionar: si las instituciones políticas (nacionales e internacionales) se han debilitado, la situación de las instituciones políticas democráticas (nacionales e internacionales) podrían estar en franco retroceso. En efecto, si el número de estados democráticos en el mundo parece incrementarse durante las últimas décadas, aunque en términos de población no sea tan evidente, la democratización del espacio global, un espacio que parece dominado por el caos político, podría estar amenazado de involución. Una doble razón explicaría esta situación: la primera, que el descontrol global podría no estar reduciéndose sino retroalimentándose de sí mismo, y la segunda, que el desplazamiento del poder económico hacia el ámbito global parece tener una clara tendencia a seguir creciendo. Las lagunas democráticas de ayer, que abrigaban la esperanza utópica de que todos los estados deviniesen democráticos, se han convertido hoy en océanos, donde la democratización del espacio global no parece fundar ninguna gran esperanza movilizadora creíble a nivel mundial. Incluso en la hipótesis de un mundo en el que todos los estados fueran democráticos según el modelo del estado-nación (en cualquier forma de aplicación del principio de continuidad democrática), parece lamentablemente tener por ahora que coexistir (en el mismo espacio geográfico) con un espacio político global no democrático. Y sin embargo, si el paradigma del estado-nación parece no corresponder más o en solitario a los problemas del mundo de hoy, hay no obstante que constatar que, en la práctica del estado, tiene una fuerte vocación y capacidad para resistir. Es un ejemplo de esta irracional y paradójica resistencia, la actitud de llamada al proteccionismo – consume nacional – que comienzan a mostrar, cara a la crisis, algunos gobiernos.

El problema fundamental hoy no es pues sólo el de crear las instituciones internacionales capaces de regular eficazmente, entre otros, la actividad y los intercambios financieros y aún económicos internacionales, sino, aún más allá, la de democratizar el espacio global en que se producen. Dos obstáculos mayores parecerían por el momento dificultar este camino. El primero es la dudosa voluntad política de los estados, cuyos intereses de poder actuales parecen estar alejados de la idea de crear espacios democráticos globales, esto es espacios de autonomía política global con una función supraestatal. El segundo es la lenta formación de una ciudadanía global que, sin renunciar a otras formas de ciudadanía compatibles y aun complementarias, sea capaz de dar el necesario cuerpo a cualquier democratización posible del espacio global. El difícil progreso movilizador del Foro Social Mundial es un ejemplo que no se compadece con la originalidad y la validez de algunas de sus ideas. En este proceso, el

papel que deben jugar las Naciones Unidas es esencial, y esto sin olvidar que difícilmente pueden ir más allá de aquello que les es permitido por la voluntad política de los Estados que las integran.

La noción tan tranquilizadora y tan ampliamente utilizada de democracia consolidada, no sólo es falsa, la democracia hoy no gana nada con solidificarse sino con fluidificarse, sino que impide plantear correctamente la significación del hecho democrático. La democracia no es fundamentalmente algo que, en cada caso, se consolida de acuerdo con algún modelo teórico dado; es más bien algo, o al menos debe ser algo, en perpetua construcción y reconstrucción, como respuesta a los cambios que se dan en los ámbitos económico, social, tecnológico y cultural, entre otros. Y esta es la dificultad a la que tenemos que enfrentarnos hoy: la de una democracia que se ha quedado enclaustrada en el corsé del estado-nación y que parece temerosa e incapaz de imaginar y realizar nuevas formas democráticas válidas para lo global; un corsé que ya parece no permitir ni siquiera una verdadera reforma del Sistema de Naciones Unidas (el tímido y frustrante ejemplo de posible reforma del Consejo de Seguridad, siempre en espera, es ampliamente significativo), ni un ambicioso proyecto político de Unión Europea (como lo muestran su incapacidad para sacar adelante el tratado constitucional y el baile de dudas, ambigüedades y temores frente a la demanda de admisión solicitada, con todo derecho, por Turquía).

La noción de transición es para nosotros los españoles una idea y una experiencia claras; sabemos bien de qué hablamos, ¿pero existe la idea, y no sólo entre los españoles, de la necesidad y de la urgencia de realizar la transición democrática en el ámbito global, sobre todo en un momento en que nadie duda de la preeminencia de lo global sobre lo nacional en el ámbito económico y aun en otros? ¿Y quiénes serían los actores principales en este proceso? Nuestro tiempo debería ser el de una doble transición a la democracia: la de cada país en particular en el marco paradigmático del estado-nación, y la del espacio global, que implicaría además un, sin duda difícil, cambio de paradigma. La llegada de Obama, en quien se ha puesto, al menos hasta hace unos días, una esperanza casi mesiánica en relación con la crisis ¿puede por sí sola garantizar la solución de la crisis económica, la necesaria reconstrucción del sistema multilateral y la puesta en marcha de un proceso de democratización del espacio global?

Que la elección de Obama refleja ya un indiscutible cambio cultural y es un hecho esperanzador para EEUU y para el mundo, sobre todo si se considera la pesada herencia dejada por la presidencia de G.W.Bush, no tiene duda; pero tampoco tiene duda que Obama es ya el Presidente del Imperio Americano y de que esta situación no puede dejar de determinar

ampliamente su margen de maniobra y la naturaleza de su acción. A juzgar por sus recientes declaraciones durante la campaña electoral, cabe esperar de él un mayor reconocimiento de la ley internacional y del multilateralismo en la negociación y en la acción internacionales, pero difícilmente se puede prever hoy cuáles serán los límites de ese reconocimiento. Límites estos que no estarán dados solamente por sus convicciones personales y sus promesas electorales más o menos explícitas, sino también y sobre todo por los condicionantes políticos, geoestratégicos y hasta históricos de su acción, que son sin duda muchos. Multilateralismo e Imperio no están ciertamente llamados a una fácil compatibilidad: un esfuerzo nada común será necesario para hacerla efectiva, y en este esfuerzo, ¿puede permitirse Europa estar ausente?

Solución de la crisis económica, revitalización y revalorización de la acción internacional y democratización del espacio global son, a mi manera de ver, los tres grandes desafíos de nuestro momento y la condición de un futuro viable. No es mi intención en esta reflexión intentar sugerir soluciones a esta compleja situación, pero sí contribuir a un debate que, más allá de la llamada crisis financiera, tenga el coraje de abordar las cuestiones que permitan mirar al futuro con una esperanza razonable. En un mundo devorado por la incertidumbre del riesgo y la angustia del día a día, la urgencia ocupa una plaza fundamental, y ante la crisis de hoy son las urgencias las que dominan; pero no hay que olvidar que la precipitación es la compañera privilegiada de la urgencia, y que el mayor error de la urgencia sería no integrarse en una visión, en una perspectiva de porvenir en la que riesgo y progreso puedan coexistir, esto es, en la que la modernidad pueda reconciliarse consigo misma en un acto de reflexividad radical.

